

### Neodarwinismo y materialismo médico como expresiones científicistas

Un ejemplo de esta actitud lo encontramos en el movimiento *neodarwinista*. Según los parámetros científicos, la teoría de la evolución de las especies de Darwin se considera científica porque se basa en la observación comprobable de unos hechos. Pero el discurso del neodarwinismo actual va más allá de la simple constatación de unos hechos, y utiliza la teoría de Darwin para negar y desvalorizar la creencia religiosa. Si miramos un programa televisivo sobre Darwin elaborado por el movimiento neodarwinista, probablemente veremos que acaba concluyendo que Dios no existe; es decir, más que limitarse a constatar unos hechos pretende imponer una creencia, en este caso la del ateísmo, basándose en supuestas pruebas científicas. El neodarwinismo es, por tanto, un expresión del citado movimiento *cientificista*, también conocido como materialismo científico, el cual se basa en una visión materialista que reduce la dimensión espiritual del mundo a algo puramente material y carente de sentido.

El enfoque religioso-espiritual no niega directamente la teoría de Darwin, pero sí que invita a un análisis de determinados factores que la teoría deja sin explicar, y que sí pueden explicarse, en cambio, desde una perspectiva espiritual. Darwin observó unos hechos: por ejemplo que las jirafas que sobrevivían en tiempos de escasez eran las que tenían el cuello más largo y podían llegar a los frutos de los árboles más altos; cuando se reproducían, las nuevas jirafas que nacían ya lo hacían con el cuello más largo, perpetuándose así la nueva característica. De éste y otros ejemplos sale la teoría de las especies.

Sin embargo, la teoría de Darwin deja sin explicar algunos hechos importantes. Por ejemplo, no explica el elemento azar, el cual hace que en un momento determinado se produzca una mutación genética que hace que nazca una jirafa con el cuello un poco

más largo, mutación que pasará a su descendencia a través de la selección natural. No explica tampoco porqué de entre todas las especies de primates sólo una evolucionó, pues si, como postula el materialismo científico, todo es fruto de la casualidad, ya debería de haber sucedido que alguna otra especie de primates hubiera sufrido una mutación genética al azar que le permitiese evolucionar hacia el estado humano, pero esto no ha pasado en el curso de miles de años de evolución. ¿Por qué? El azar es así un elemento irracional que la teoría de Darwin no controla ni explica, pero que en cambio es utilizado implícitamente por los representantes del neodarwinismo para hacer afirmaciones categóricas en contra de la fe religiosa.

Puede concluirse que tanto la fe como el ateísmo se basan, en última instancia, en un elemento irracional. La diferencia es que la religión ya dice de entrada que es una cuestión de fe, de creer o no creer, y que esta fe se puede reforzar en todo caso con el uso de la razón y con la experiencia. El científicismo, en cambio, pretende hacer pasar fe (atea) por ciencia, y aporta supuestas pruebas científicas, basadas como hemos visto en un elemento irracional no controlable ni medible. Dice que tiene pruebas que demuestran que no hay Dios, pero se basa en una hipótesis que no explica una serie de hechos, como el azar, y que no puede probar si detrás de este supuesto azar responsable de la evolución hay o no la voluntad divina. El azar es así una premisa irracional que el neodarwinismo asume sin cuestionarla, y a partir de ella elabora su teoría y desvaloriza la explicación trascendente del mundo. Por eso se dice que el neodarwinismo substituye el Dios Único por el dios 'azar'.

Otra expresión científicista actual es la que se basa en este tipo de reduccionismo materialista para negar no sólo la dimensión espiritual del mundo sino también la concepción tradicional del ser humano como compuesto de cuerpo, alma y espíritu. Así, todo lo que es propiamente humano queda reducido a explicaciones puramente materialistas: la creencia, las emociones o el comportamiento humano se explican reduciéndolos a simples reacciones físi-



co-químicas del cerebro o a condicionamientos genéticos. Y cuando esta visión reductiva se aplica al ámbito de la medicina se convierte entonces en un “materialismo médico”, y entonces todas las enfermedades pasan a considerarse tan sólo en términos fisiopatológicos, reduciendo la ciencia médica a un puro ‘biologismo’.

Desde esta perspectiva, cualquier experiencia espiritual es desvalorizada y reducida a sus manifestaciones físicas, como las reacciones físico-químicas del cerebro. O incluso se etiqueta de neurosis a ciertas experiencias, y la psicología es también aquí susceptible de caer en este mecanismo, pues lo espiritual es reducido a explicaciones psicologistas. En el Corán encontramos también expresada esta actitud de no querer reconocer la dimensión espiritual de la experiencia reduciéndola a un simple estado físico o psicológico:

«Aun si les abriéramos una puerta del cielo y pudieran ascender a él, dirían: “Nuestra vista ha sido enturbiada nada más, o, más bien, somos gente a quienes se ha hechizado”»<sup>113</sup>.

Ahora bien, esta reducción de lo espiritual a lo material cae en un sin sentido cuando se ve la imposibilidad de reducir la enfermedad a una sola causa. Una enfermedad psicológica, por ejemplo la depresión, puede tener diversos diagnósticos: los neurólogos situarán la causa en un déficit de neurotransmisores en el cerebro, pero otros médicos en un desequilibrio metabólico, y un genetista dirá que los genes han sido determinantes, mientras que otros dirán que es debido al entorno afectivo, o a la falta de luz natural, etc. Y si acudimos a ciencias menos académicas como la astrología, situarán la causa en determinadas conjunciones y oposiciones planetarias, y avalarán su ciencia con centenares de observaciones recogidas por generaciones de astrólogos; el libro *La anatomía de la melancolía*, escrito en el siglo XVII, por ejemplo, está repleto de datos astrológicos acerca de las configuraciones celestes asociadas a desequilibrios en la mente.



Ante todas estas explicaciones surge naturalmente la pregunta de quién tiene razón, y de porqué una causa es más válida que otra. Si aplicamos aquí uno de los arquetipos del mito de la caverna, concretamente el de los prisioneros que no quieren renunciar a los beneficios y honores de dominar la ilusoria ciencia de las sombras, salen correspondencias en el mundo actual: por ejemplo, siempre que se habla de medicina alternativa, las principales opositoras suelen ser las grandes empresas farmacéuticas, pues son las más interesadas en atribuir la causa absoluta de las enfermedades a factores modificables por los productos que ellas fabrican y venden. Si la causa absoluta de una depresión se sitúa en la explicación neurológica, por ejemplo, entonces los medicamentos destinados a restaurar supuestamente el déficit de neurotransmisores en el cerebro serán considerados imprescindibles.

El platonismo y el sufismo, sin embargo, van en otra dirección: las diversas causas materiales son en realidad simbólicas, su valor no es real y absoluto en sí mismo, sino que apunta a un hecho de índole espiritual profundamente dotado de sentido. Los autores sufíes hablan a menudo de un aspecto de la compasión divina que aparece oculta en el sufrimiento de la enfermedad, pues la enfermedad tiene una función purificadora y transformadora. Según el conocido teólogo sufí Gazzālī, la enfermedad es una de las formas de experiencia por las cuales el hombre llega al conocimiento de Dios. Gazzālī distingue las causas secundarias de la enfermedad de su causa Primera. Si un hombre, dice, entra en depresión, el doctor dirá que es un caso de melancolía y le prescribirá una determinada receta; el físico dirá que es un caso de sequedad del cerebro y que sólo se recuperará en un ambiente de aire húmedo; y el astrólogo la atribuirá a ciertas conjunciones u oposiciones de los planetas. Gazzālī dice que cada uno de esos tres especialistas está sin duda en lo cierto respecto a su particular rama del conocimiento, pero ellos no ven que Dios ha puesto a este hombre en dicha situación y ha ordenado a sus sirvientes, los planetas o elementos, producir seme-



jante condición en él, de forma que se pudiera volver del mundo a su Hacedor. El conocimiento de este hecho es una perla del conocimiento inspirado, pues todos los demás tipos de conocimiento, dice, no son sino islas en este mar<sup>14</sup>.

En este caso de la depresión, una visión médica puramente materialista lleva a confundir un síntoma o medio material (déficit de neurotransmisores) con su causa verdadera de orden espiritual, y quiere restaurar el equilibrio modificando el cerebro sin tener en cuenta aquello a lo que apunta este síntoma, su finalidad. Pero según el planteamiento sufí las condiciones biológicas del organismo que aparentemente son las responsables de la depresión, como el déficit de neurotransmisores, serían en realidad los medios materiales para una finalidad superior. Y la experiencia parece corroborar esta aseveración, pues abundan los casos de personas que debido a una depresión o a una crisis personal han reorientado su escala de valores, interesándose más por los espirituales y abandonando los puramente materiales, escapando así de la ficción-pripción de lo material como única realidad. La concepción científicista condena así la persona a no cambiar, a no evolucionar, ya que la enfermedad es vista sólo como un síntoma aislado que conviene extirpar lo antes posible, sin contemplar la posibilidad de que esté conectado con otros planos más profundos de la persona, con las demandas más profundas del alma. Y esa postura materialista no es ética, ya la mayoría de las veces detrás hay intereses económicos.

### **Crítica al concepto de causalidad: confusión entre *causa* y *medio***

Según la cosmovisión platónica-sufí el error de este reduccionismo, que el mismo Platón califica de absurdo, está en no entender el valor simbólico de las causas secundarias, y pensar, en cambio, que tienen un valor causal absoluto. La ley de la causalidad material

pone de manifiesto solamente que se han producido una conjunción de fenómenos secuenciados o sincrónicos en el tiempo, y que tienen una cierta relación entre ellos, pero de ninguna manera la observación permite inferir una relación de causalidad absoluta. La experiencia no nos muestra que una determinada causa produzca un determinado efecto, sino que lo único que nos da a conocer es que determinados hechos o acontecimientos se dan en una conjunción constante, es decir, que a un determinado hecho le sucede regularmente otro. Es esta conjunción constante lo que hace que llamemos al primer hecho 'causa' y al segundo 'efecto'. Según filósofos como David Hume (1711-1776), por ejemplo, observamos que siempre que vemos una llama y acercamos la mano sentimos calor; la repetición constante de ambas experiencias es el que nos lleva a inferir una relación de causa-efecto. Esta relación causal, sin embargo, no tiene que ver con la observación propiamente dicha, con la experiencia, sino que es más bien una apreciación subjetiva que como observadores añadimos; las únicas experiencias reales que tenemos son ver la llama primero y sentir calor después, pero hacer el paso de decir que la una es la causa de la otra es algo que nosotros añadimos. El costumbre o hábito de ver determinadas conjunciones o secuencias de hechos es, por tanto, aquello que nos lleva a inferir una relación de causalidad, pero esta es en realidad una simple probabilidad; es, por tanto, una hipótesis, una creencia.

La ciencia genuina se limita a decir qué relaciones hay entre las cosas; el científicismo, en cambio, coge una de estas correlaciones y la pretende hacer pasar por la causa absoluta de un hecho. Sus afirmaciones categóricas sobre el origen material de todo fenómeno desmienten así el fundamento espiritual del mundo y del ser humano. El científicismo pretende, por tanto, imponer una creencia, una nueva fe, cuando no se basa sino en probabilidades e hipótesis.

Platón, en su obra *Fedón*, aparte de iniciar el tema de la causalidad final o de la teleología en el Cosmos que posteriormente desa-

